

LOS VÁSTAGOS DEL DIOS DEL TIEMPO Y LA CONQUISTA DEL INFIERNO. LA OBSERVACIÓN DE LAS CARACTEROLOGÍAS MÍTICAS DIFERENCIALES COMO PROPUESTA ANALÍTICA ACERCA DEL CONFLICTO ENTRE CULTURAS.

Marc Segura Fresquet
Universidad de Barcelona

EL PRINCIPIO ERA EL CAOS

El principio era el caos. Existía un Universo turbulento, una nada en desorden habitada por seres gigantescos y monstruosos denominados *Titanes*, quienes mantenían ese Cosmos en un equilibrio inestable a causa de sus constantes enfrentamientos y sus pasiones, desatadas intensa y peligrosamente sobre todas las formas de vida. Era un espacio y un tiempo de conflictos trágicos, de los cuales habría de surgir algún día un mundo ordenado y estable que fuera adecuado para la supervivencia y el desarrollo del ser humano.

Ese Universo regido por las fuerzas titánicas era gobernado por *Cronos*, dios del tiempo e implacable tirano que había llegado al trono asesinando a *Urano*, el dios padre identificado con el cielo. Pero cierto día, alguna voz (oráculo) le anunció a Cronos que otro dios, concebido por él, le destronaría. Entonces el poderoso titán se aterró bajo la sombra del parricidio divino que él mismo había protagonizado anteriormente y decidió devorar, a partir de aquel momento, a todos los hijos que su esposa *Rea* (diosa de la tierra Madre) concebiera.

Y así fue como el dios del tiempo intentó evitar el cumplimiento del oráculo, negando de hecho su propia esencia al impedir el mismo transcurso del tiempo

y de los acontecimientos. Hasta una ocasión en que Rea consiguió burlar la sentencia de Cronos, entregándole un pedrusco envuelto en paños en lugar de su recién nacido. Ocultó este último, a quien llamó *Zeus*, en el seno de una profunda grieta situada en la isla de Creta. Allí, protegido y alejado del bárbaro dios titánico, lo alimentó y lo educó convirtiéndole paulatinamente en un dios femenino y social; bello y armónico, político y humanizado en definitiva. Durante esa educación en el seno mismo de la tierra, Rea alimentó también en Zeus el odio hacia su padre, hasta que llegó el momento de enfrentarse al dios del caos y de convertir a los Titanes en una saga de dioses armoniosos, o de fuerzas estables en un Universo ordenado.

Convencido de ser el legítimo Señor del Universo, Zeus tomó sus armas y se dirigió a la casa de su padre. Allí no le fue difícil vencer al anciano dios torturado y debilitado por su propio pesar. En pie, junto al cuerpo del derrotado representante de las fuerzas del caos, Zeus se erigió en único e indiscutible Señor del Universo. Ante el vacío y la nada que su acto parricida había provocado, instituyó en el Olimpo la sede de un nuevo panteón y engendró, a lo largo de su reinado, sucesivas generaciones de dioses civilizados pero parciales; cuyo conjunto conformaba y animaba todas las cosas y los fenómenos de la existencia.

Es en esa existencia donde se hallaron incluídas las sociedades humanas, creadas y regidas a imagen y semejanza de la sociedad divina del Olimpo. Los seres humanos provenían de los semi-dioses y de los héroes y reconocían en Zeus a un legítimo dios supremo, quien ostenta en su mano el zigzagueante rayo, símbolo de poseer bajo su dominio la llave y el poder de las fuerzas del caos.

Este es, de una forma esquematizada y trivialmente divulgativa, el mito de origen por excelencia que las antiguas sociedades helénicas tomaron y adaptaron de su herencia próximo-oriental; la narración fundacional que versa sobre el nexo o la relación existente entre las fuerzas del Universo, las genealogías míticas y su correspondencia con los argumentos sobre la existencia real de las sociedades humanas. A los filólogos e historiadores de la antigüedad hace tiempo que les parece lógico dar por supuestos sólidos vínculos entre los datos historiográficos que nos llegan de las antiguas Grecia y Roma (y de las sociedades antiguas en general) y los textos míticos que a su tiempo les son asociados, canalizados y proyectados a través de la cosmovisión de tales culturas. Tampoco desencaja en el marco académico de las Ciencias Sociales la identificación de las instituciones sociales y políticas de la Edad Media con el predominio homogeneizante del pensamiento cristiano (aunque matizando deberíamos quizá llamarlo "eclesiástico"). De la misma forma, un análisis más contemporáneo nos ofrecerá sin duda una perspectiva histórica que conecta la redefinición cosmológica del renacimiento o la gestación y el advenimiento del Estado Moderno con la estructura y el desarrollo social, político y, en especial, económico de Occidente a lo largo del siglo XX.

El racionalismo científico posee esa innata cualidad de centrarse obsesivamente en la reiteración empírica de metodologías y enunciados hipotéticos acerca de las partes observables de la realidad, denostando u olvidando a menudo la obviedad verdaderamente lógica del conjunto. Sólo por este motivo podemos encontrarle sentido al hecho de que las disciplinas sociales sean capaces de atinar con tanta claridad en la interrelación causal de los sucesivos estadios históricos y, sin embargo, en tan contadas ocasiones se haya apostado por teorizar sobre lo globalmente común a una cultura.

Este tipo de paradojas internas son las que nos llevan a controversias que suelen confrontar los elementos más tangibles y objetivos del proceso cognoscitivo con otros aspectos de orden más especulativo. Estos últimos fundamentan las herramientas para el conocimiento en la localización intuitiva de ciertos referentes estructurales que perviven reproduciéndose cíclicamente, otorgando una caracterología o una naturaleza concreta persistente al devenir histórico, al talante de las culturas e incluso a las manifestaciones genéticas, por citar tres ejemplos de los más genéricos.

Dentro del marco disciplinar de la Antropología Cultural existe entre tantos otros uno de tales delicados debates, cernido sobre la cuestión de la mitología: ¿El mito como una constante universal y atemporal o el mito como manifestaciones locales y diferenciadas de desarrollos socio-culturales particulares? A este problema de cariz no poco retórico podríamos encontrar como mínimo una respuesta por cada escuela y tendencia teórica, ya sea antropológica o historiográfica. Pero lo cierto es que difícilmente tenemos constancia de alguna osadía disciplinaria que haya enunciado explícitamente lo que implícitamente todas las orientaciones de las ciencias sociales tenemos presente por igual. Esto es, la pervivencia en la cultura común de elementos estructurales manifestados en lo social, lo Material y lo espiritual a lo largo del tiempo y de la evolución formal de tales dimensiones; que provendrían, con modificaciones no más que superficiales y adaptativas, de las esencias más arcaicas -como elementos originales- que configuraron la definición genuína de dicha cultura o de un grupo cultural dado.

El mito, aunque creo que mejor deberíamos hablar de *lo mítico*, resulta un canalizador ejemplar de tales arquetipos culturales; cuya presencia y cuya vigencia atemporales nos parecen obvias e irrefutables observadas sobre "pueblos primitivos" y aún en otras sociedades con estado, en todo caso siempre no-occidentales. Pero la noción etnocéntrica de una ruptura radical con la dimensión fantástica de lo mítico constitutiva del pensamiento y el lenguaje de la cultura occidental, considerada una superación de asociaciones cosmológicas animistas en tanto que barbarizantes, nos lleva tal vez a desestimar por completo la idea de que en nuestra conducta cultural (representada en los avatares y los vaivenes de la realidad social, política, económica e intelectual a lo largo de esa forma de registrar el paso del tiempo que denominamos historia, y hasta la actualidad) puedan permanecer y leerse hábitos y tics sintomáticos de comportamiento referidos a la cosmovisión que nos es común, es decir, a la

forma culturalmente determinada de ver y entender la realidad y sus leyes. Así, esos arquetipos cosmológicos habrían mantenido su función y su valor simbólico viajando a través de la herencia que nos vincula, como realidad resultante, a diversas sociedades de nuestro pasado en términos temporalmente acumulativos, hasta reflejarse como un bagaje cuasi-genético sobre la forma de pensar y actuar en el mundo de quienes nos catalogamos como miembros de la cultura occidental.

Hasta que el interés por el conocimiento y por el control del alma humana se convirtió en una ciencia nadie prestó atención a los mitos antiguos como lectura metafórica del carácter cultural e individual. El Psicoanálisis más genuinamente freudiano se fijó especialmente en determinados pasajes de la mitología clásica y arcaica para establecer paralelismos, menos metafóricos de lo que quisiéramos creer, entre las pasiones y los conflictos de los héroes míticos y el esquema caracterológico de la psique individual de los sujetos. Aún hoy en día las teorías freudianas y sus asociaciones simbólicas no parecen ofrecer fisuras importantes que desacrediten en medida suficiente su concepto y su tratamiento de la psicología, al menos en el caso concreto del hombre occidental. Si hallamos así de oportuna la identificación de ciertos argumentos míticos con la semántica profunda de los impulsos de nuestro subconsciente ¿por qué entonces no considerar la posibilidad de localizar otros muchos elementos estructurales de la dinámica argumental mítica más antigua entre nuestros componentes caracterológicos actuales, precisamente como pervivencias significativas y genuinas?

De hecho, el logro más relevante del psicoanálisis fue justamente el hallazgo de la dimensión subconsciente como una parte obnubilada pero esencial de la mente y el pensamiento humano, encargada de transmitir y de perpetuar esas pervivencias ancientes a lo largo de la herencia cultural o cosmológica, por encima de las constantes reelaboraciones del razonamiento y de los discursos intelectuales. El subconsciente es, en sí mismo, la dimensión en la cual el racionalismo abandonó o relegó todo el ilimitado lenguaje fantástico, onírico y mágico; el lenguaje constitutivo de lo mítico propiamente.

El mito de Cronos y Zeus nos habla del fin de la primera generación de dioses, adaptando con la nomenclatura helénica -local o autóctona- las narrativas fundacionales generalizadas en las culturas próximo-orientales. Y relata el paso de un cosmos caótico e indómito a un Universo ordenado más cercano y más a la medida del ser humano, quien así es capaz de definirlo y de registrarlo con su lenguaje. Desde semejante principio catártico, la mayor parte de los episodios de la extensa trama argumental mítica helénico-indo-europea adopta, y muestra reiteradamente, una dinámica estructural dialéctica. Sus argumentos narrativos recuperan continuamente la temática antitética que enfrenta radicalmente poderosas fuerzas del Universo y la naturaleza para establecer la resolución y el fundamento de cualquier precepto o ley cosmológica. Dicha cosmovisión se traslada proyectivamente a la confrontación de intereses o de

fuerzas de tipo social, político, económico e ideológico, propias de la realidad espiritual y caracterológica de las sociedades humanas.

La forma dialéctica de entender las leyes del mundo y de la condición humana constituye la constante ideológica y psicológica que se ha extendido hereditariamente al diseño cosmológico de la cultura occidental de hoy en día. Para ello se ha transmitido imperturbable, a través de las remodelaciones formales del pensamiento y de los esquemas intelectuales de los pueblos europeos, inicialmente gracias a la expansión romana y a partir de ahí integrada en el advenimiento filosófico -y político- de la llamada "Europa cristiana"¹. No en vano, con el Renacimiento y la creación de las bases del posterior Estado Moderno, llegará a confirmarse que el carácter y el pensamiento occidental se componen de elementos que van más allá de lo puramente *judeo-cristiano*. Tales elementos se han conservado completándose mediante una experiencia cultural acumulativa como parte integrante que son del subconsciente colectivo², protegidos bajo las claves del lenguaje mítico-mágico que asociamos al razonamiento infantil, la fantasía, la terminología simbólica de los sueños e incluso a las explicaciones fenomenológicas primitivas.

Ese lenguaje mítico localizado en el subconsciente otorga coherencia e integridad cultural al concepto y a la conciencia de individuo y de grupo (*ego* según la jerga psicológica y antropológica). Y es que, sin ir más lejos, la dinámica comportamental y política de las sociedades europeas/occidentales, como unidad cultural (macro-ego) y como conjunto de sujetos individuales, reproducen con sorprendente fidelidad los principios y patrones psicológicos arquetípicos de los heroicos protagonistas que encontramos en las narrativas míticas de la antigüedad indo-europea. Lo mismo sucede con las relaciones sociales y políticas que de las comunidades de nuestra antigüedad histórica nos constan documentalmente. No es casual que la estructura socio-política de un período especialmente significativo, que no hemos reconstruido en la historia -en nuestro registro de la memoria- sino como mito, esté definido por esa misma razón con el apelativo y las connotaciones de *clásico*. ¿No les parece muy sugerente a ese respecto el parecido que vemos entre la Europa contemporánea y nuestra imagen global de las Polis de la antigua Grecia, o entre la potencia internacional

1. No debemos olvidar que el Cristianismo, como una escisión del Judaísmo, proviene igualmente de los esquemas cosmogónicos próximo-orientales en los cuales existe ya, y no sólo como germen, la noción antitética de las fuerzas cósmicas y de los valores espirituales. Muchos historiadores y humanistas de indudable competencia aseverarán con certeza que, en dicha mal llamada "Europa cristiana", no deberíamos hablar sino de una institucionalización eclesiástica del estado y de las estructuras de poder, y no de una auténtica conversión al cristianismo por parte de las comunidades oriundas (populares); las cuales seguían practicando cultos a entidades espirituales ligadas a la tierra y a la naturaleza. A pesar de ello, es preciso considerar que son las instituciones y el discurso estatal de poder quienes ponen eminentemente en práctica, o ejecutan, esos principios ideológicos legitimantes y autoreafirmantes del orden establecido, además de registrarlos documentalmente y proyectarlos en el tiempo (confección de la historia).

2. Jung, C.G. (1994), *Arquetipos e inconsciente colectivo*, Ed. Paidós, Barcelona.

estadounidense y el Imperio romano? En cualquier caso, continúa trascendiendo el esquema de un Universo construido desde el principio como un mapa geográfico, étnico (e incluso racial), ideológico, moral, racional, pero también psicológico y emocional.

Podemos, entre lo más habitual de nuestro mundo contemporáneo, encontrar multitud de muestras feacientes de esa red arquetípica atemporal y original. No tenemos más que recurrir, pongamos por caso, a la idea mitificada de la democracia que imaginamos proveniente del noble modelo fundacional de la marmórea y floreciente Atenas clásica, o al repaso de un sinfín de topónimos intercontinentales y denominaciones geográficas. Como es el caso de la misma *Europa*, cuyo nombre rememora a la ninfa oriental que engendró de Zeus al rey *Minos*, el primer gobernante del primer territorio políticamente definido en el marco geográfico de lo que mitificadamente constituirá la cuna de Occidente y el continente europeo. Al llamar Europa a nuestro espacio cultural estamos honrando el nombre de una verdadera madre simbólica.

No puedo negar que resulta osado aventurarse a afirmar, a través de un medio de divulgación científica o académica, la existencia de tan unívoca y directa correspondencia entre los parámetros culturales de los antiguos pueblos del Mediterráneo y los de la moderna civilización científico-política de occidente. Pero ustedes me permitirán dejar de lado en esta ocasión los posibles matices críticos para exhortarles a dedicar atención a aquello en lo que esta exposición quiere poner más énfasis: se trata, de alguna manera, de diagnosticar la presencia de un principio *catártico-dialéctico* en la estructura creativa de la cosmovisión y de los esquemas psíquicos propios de la cultura occidental. Dicho principio se manifiesta por igual en todos los discursos cosmológicos de cualquier periodo histórico y momento ideológico o intelectual, trasladándose sin dificultad desde las hazañas épicas de los dioses y de los héroes míticos hasta el enunciado más racionalista y lógico de las interpretaciones fenomenológicas o las leyes físicas contemporáneas. Tal axioma, subliminal e implícito, transmite y reitera de alguna manera el principio elemental de que el Universo y la realidad existente están compuestos por grandes fuerzas o entidades radicalmente antagónicas y excluyentes, que generan el movimiento y todos los fenómenos en dicho cosmos a raíz de sus antagonismos y sus enfrentamientos dialécticos. De su aniquilación mútua se deducirán realidades y fuerzas nuevas como resultado, formando parte de la cadena de conflictos dialécticos que anima y constituye de hecho leyes universales de la génesis.

Precisamente ese tipo de discurso mítico, devenido en científico, permitió a Hegel enunciar su dialéctica, que posteriormente Nietzsche adoptaría y reivindicaría en el prefacio de "El nacimiento de la tragedia"³ para utilizarla en su crí-

3. Nietzsche, F. (1993), *El nacimiento de la tragedia. O Grecia y el pesimismo*, Alianza Editorial, Madrid.

tica de la razón socrática. El autor consideró esta última como un olvido expreso de los verdaderos principios, agónicos y apasionados, con que los textos míticos originales hablan del cosmos y de la naturaleza de la realidad; aquello que identifica con lo *dionisiaco* en oposición a la superficialidad *apolínea* que el pensamiento socrático propone.

Lo que se transforma con el paso del tiempo y la evolución particular de los pueblos de cultura occidental es la forma, el argumento y la terminología específicos de cada sociedad, de cada lenguaje y del momento -histórico- de la misma, dependiendo de la necesidad concreta en cada uno de dichos momentos de justificar una cosmovisión y una identidad dadas. Pero permanecen los contenidos semánticos que constituyen el esqueleto simbólico de asociaciones lógicas remitidas hacia la construcción y la experiencia psicológica originales de la realidad. De esta manera, aquel mítico cosmos caótico del comienzo dominado por el conflicto entre las fuerzas desbocadas de los Titanes -connotativo no obstante de la esencia más intensa de la vida- se ha plasmado sin duda en toda la cosmología y el panteón fantástico de los poderes de la oscuridad, de lo bárbaro y de lo maligno; de los cultos luciféricos, del gnosticismo herético⁴, de lo profano y de lo idólatra; y, mucho más en adelante, de lo "no-civilizado" y de lo anti-democrático. Aquel Universo monstruoso es la representación, nunca mejor hallada, del fin del mundo (el fin de nuestro mundo), del caos exterior al mundo ordenado y de todo lo ajeno o foráneo, así como representó la nada primigenia antes del ineludible advenimiento del orden.

El turbulento desorden original del que el mito habla se verá traducido al lenguaje científico en la especulación renacentista acerca del espacio celeste, sus límites y el lugar en él ocupado por la Tierra; o en el desconcierto que provocaron los insospechados límites de la misma Tierra (me refiero obviamente, al encuentro con el Nuevo Mundo y Oceanía). O también por las prehistóricas eras geológicas en las que Darwin situó la primitiva condición de los grandes reptiles. Exactamente cual la gigantista primera generación de dioses titánicos, se extinguirían por su propia barbarie inadaptativa siendo otra genealogía (especie) de seres y sus descendientes, mayormente adaptados (humanizados, pues estamos hablando de la vinculación genética entre mamíferos y seres humanos), quienes heredarían los bienes del planeta. Pero más allá todavía, podemos observar esa estructura arquetípica, que se convirtió en *geogónica* mediante el evolucionismo, adquirir de nuevo la calidad *cosmogónica* de la mano de la astronomía y la astrofísica más recientes en la teoría del *Big-bang*, ese gran estallido inicial cuya explosión todavía continua formando paulatinamente con su expansión los planetas, las estrellas, las galaxias y demás cuerpos celestes desde la ignición de ese núcleo primordial. Se trata una vez más de un paso

4. Montserrat Torrents, J. y Piñero Sáenz, A. (traduct.) (1990), *Los Gnósticos*, II vols., Ed. Gredos, Madrid.

catártico de la nada al caos y del caos al orden, a la clasificación y al conocimiento.

El principio era el orden

La estructura de razonamiento catártico-dialéctica, esa *psicoidea*⁵ acerca de realidades unívocas y excluyentes, fue la que llegó al continente americano con los europeos a finales del S. XV, afianzando en especial su imposición incontestable a lo largo del S. XVI. Cuando los navegantes españoles de dichos siglos, cuya mentalidad debía caracterizarse probablemente por esos arquetipos psicoideológicos y una cosmología medieval apolíneo-platónica, tuvieron que enfrentarse a la torturante idea de un mundo y un Universo nuevos, distintos y alternativos de la tajante y unista realidad espiritual europea, es comprensible que no tuvieran ningún género de duda, y que creyeran ciertamente encontrarse en aquel paraíso perdido de las almas y de los progenitores míticos. Intelectual y emocionalmente urgió entonces impedir a toda costa la repetición del propio pecado original que allí estaban viendo; puesto que, más allá del discurso de poder que legitimara la ocupación militar y la posterior explotación económica, se trataba de la imperiosa necesidad de redimir el pecado en potencia antes de ser condenado. Y es que, de hecho, en ese mundo nuevo se originó espontáneamente la repetición ritual propia del recitado mítico (entendiendo *recitar* como *citar de nuevo*) como una compulsión psicoestructural de comportamiento.

Ese "paraíso perdido" es el Edén bíblico de pureza, pero es también aquel mundo original tan temido y asociado al caos que, sin embargo, ejerce un poderoso atractivo instintivo sobre la voluntad, la conducta y el raciocinio humano. Como si este intuyera que algo se perdió o se traicionó de aquel cosmos primigenio, que parecía no obstante más auténtico y más cercano a la esencia espiritual del hombre, a esa inocencia perdida o a la ternura que transmitían los monstruosos Titanes cuyo amor era su fuerza, otorgando movimiento al Universo.

Pero el tipo de relación que los europeos entablaron para con la realidad del nuevo continente consistió sobretudo en una reacción de negación e invalidación de alternativas impensables o no contempladas en la propia entelequia, obedeciendo las leyes de una cosmovisión exclusivista. Así que había que combatir sin tregua cualquier otra existencia inesperada e inexplicable, puesto que ponía en cuestión la pretendida y necesaria legitimidad o validez universal del propio cosmos ordenado y de su bondad; es decir, de su misma lógica de ser.

5. Tal como se aventura a proponer Jung en "Arquetipos e inconsciente colectivo" (véase nota p.pág. nº 2), se trata evidentemente de ideas o de "ideo-conceptos" arquetípicos y persistentes en la estructura psicológica cultural.

Algunos autores han utilizado la conocida clasificación etnográfica que atribuye a la cultura occidental un predicamento *abierto* y otro *cerrado*⁶ a los pueblos primitivos o sociedades sin estado, atendiendo a una presunta capacidad de "innovar" o de algo así como acrecentar la experiencia cultural, que diferenciaría a esos dos tipos de cultura (hablamos naturalmente de conceptos como *evolución* o progreso -evolución histórica, política, etc.; progreso científico, tecnológico, etc.-). Pero, ciertamente, deberíamos permitirnos dudar de si es la occidental la que merece el predicamento de "abierto" dada la constante repetición de oposiciones antagónicas, que representan de hecho un retorno continuo, cíclico, de situaciones y de su vivencia cultural, así como de la forma adoptada para experimentarlas y superarlas. Tales experiencias son idénticas no en su apariencia discursiva pero sí en su esqueleto significativo, como escenas de una obra teatral representadas una y otra vez por distintos actores⁷. La historia y el desarrollo sociopolítico crean escenarios nuevos, pero la experiencia y el componente ideológico de los actos es siempre el mismo.

La transmisión de arquetipos culturales ha perpetuado y ha reproducido hasta hoy el mismo tipo de situaciones contextuales y la misma forma de comportarse o de reaccionar ante ellas, como una experiencia revivida una y otra vez en un círculo cerrado, sin llegar a ser nunca asimilada ni superada. La herencia espiritual, en tanto que discurso intelectual, puede ser olvidada o sublimada pero permanece la constancia de dichos arquetipos, psicológicos y caracterológicos en fin.

Psíquica y emocionalmente, el hombre occidental se quedó estancado miles de años atrás, justo antes quizá de inventar ese pecado original, que no debió ser sino una manera de definir y de asumir, o de rememorar, la ruptura catártica con el amor de los dioses y la inocencia perdida; como intentando permanentemente recuperarlos. Así es que la conquista del paraíso perdido se convirtió inmediatamente en la redención del infierno, dado que eso fue lo que representó para el equilibrio psíquico de los europeos del S. XVI (de hecho, no es casualmente común la imagen de la locura asociada a los conquistadores inmersos en el vasto continente). Ese "infierno" es el *no ha lugar* interior, es la duda y el desengaño ante el efecto hiriente de lo obvio o la perpléjica percepción de una realidad multidimensional.

El mítico conflicto fundacional que enfrenta a las creaciones con sus fuerzas creadoras hasta el parricidio, fundamenta desde el principio cosmogónico el esquema ideológico, licitando e incitando de hecho al *genocidio*, entendido éste como una erradicación *genética*. Es decir, la eliminación de la constancia biológica en un intento de hacer lo mismo con la constancia simbólica de lo ajeno como algo amenazante, hasta llegar en la consecución de ello a la agresión

6. Lévy-Bruhl, L. es el único de quien en estos momentos puedo citar una referencia con "*L'ànima primitiva*" (Edicions 62, Barcelona, 1985).

7. Balandier, G., *El poder en escenas*.

hacia lo propio, lo consemblante o lo, genética y realmente, perteneciente a la propia filiación (el enemigo está fuera pero también dentro).

El desarrollo de esta dinámica nos lleva, como ya habrán adivinado, a la noción de pecado como transgresión interna. Dicho de otra forma, a lo que generalmente conocemos con el nombre de *tabú*. El tabú es el reverso de una norma inquebrantable acerca de ciertos comportamientos nocivos y contraproducentes para la estabilidad interna -social y emocional- del grupo (de lo propiamente "genético"); asociados a un antiguo e idéntico pecado mítico, relacionado con la ruptura o la pérdida del estado de gracia original del que disfrutaron los antepasados totémicos. La transgresión conllevó un castigo que es propiamente la profunda amenaza del tabú. El incesto es el tabú por excelencia⁸, el más universal, y se refiere a luchas intra-étnicas por el don de la fecundidad y la perpetuación, a los cuales destruye paradójicamente mediante su proceder genocida.

El precepto cosmogónico del conflicto fundacional entre las sucesivas generaciones de dioses titánicos corresponde con precisión a un incesto -que pueden permitirse y se permitieron los dioses pero nunca los seres humanos terrenales- pues, de hecho, la genealogía divina próximo-oriental se expande partiendo de emparejamientos entre hermanos⁹. Por otro lado, se reproduce una alianza entre madre e hijo en contra del padre que simbólicamente representa la inercia transgeneracional de la entidad femenina hacia la socialización. De manera que, representativamente, hermana, abuela y madre son la misma figura incestuosa (la alianza entre madre e hijo sublima la crudeza conceptual del incesto).

La entidad natural sagrada ultrajada en ese sacrilegio ignominioso consiste esencialmente en el cielo mismo (Urano) y la dimensión del tiempo (Cronos/Saturno). Esta última va asociada simbólicamente al contenido del castigo recíproco¹⁰, asumiendo de alguna manera que el tiempo es, a partir de entonces, una dimensión que escapa al control humano; lineal, unidireccional e irreversible. Es un bien (un don) escaso, que el ser humano agota con prontitud y que jamás puede recuperar. El tiempo (nuestro tiempo) se acaba y el final de este es de nuevo la nada, la anulación del ser (ego), el angustiante *no-ser* o no-existir.

Esta es la particular visión y la experiencia concreta del factor tiempo según el pensamiento cosmológico occidental, e ilustra de manera vehemente la construcción racionalista de conceptos como *evolución, historia, avance, progreso, etc.* pero también el de *recuerdo, pasado, o la necesidad del olvido y del perdón.*

8. Freud, S. (1992), *Tótem y tabú*, Alianza Editorial, Madrid.

9. A propósito de los incestos generacionales divinos pude consultar un ilustrativo árbol genealógico del linaje de los dioses greco-romanos en: Rodríguez Adrados, J.V. (1985), *Dioses y héroes: mitos clásicos*, Salvat Editores, Barcelona.

10. De esta manera, el subconsciente invierte la ley de recibir a cambio de un don otro don recíproco y la convierte en un castigo recíproco a una ofensa cometida.

Quizá la ternura que nos sugiere aquella fuerza titánica original que mantenía en equilibrio el Universo antes del crimen desestructurador nos hable en realidad del orden, la armonía genuína de la naturaleza y de la creación, como la imagen misma de Dios, de cuyo contacto y de cuyo favor hemos sido apartados. Nos hallamos entonces ante un precepto erróneo o ante un falso dios impostor personificado por Zeus, el Cristo eclesiástico, el estado moderno o cualquier dios del poder; puesto que el principio no era el caos sino el orden. El auténtico caos es en sí el acto parricida de desacato al orden legítimo y natural.

Una articulación entre mito y tiempo

La cosmología y los mitos aborígenes del continente americano en general nos hablan, a diferencia de nuestro Universo dialéctico, de una nada original que devino de una forma más apacible en el cosmos ordenado. En él, los primeros héroes o seres divinos se identificaban hasta la fusión con los elementos y las especies naturales. De manera que en esa dimensión liminal, localizada en un remoto e indefinido pasado, los animales y todos los entes de la naturaleza poseían atributos humanos, hablando el lenguaje de los hombres y relacionándose con ellos en términos de igualdad. Así, los héroes fundadores de las comunidades y de los linajes son a menudo animales que se convierten en seres humanos o a la inversa; es decir, protagonistas de la narración mítica que por sus cualidades -positivas o negativas- se transformaron en los animales presentes en la vida real. Y sucede muy frecuentemente que son animales u otras entidades naturales las que enseñaron a los hombres -esos primeros antepasados clánicos- las habilidades necesarias para sobrevivir en el mundo como grupo e instituir una sociedad.

Las narraciones míticas indígenas relatan el advenimiento del mundo animal y del mundo humano sin una oposición excluyente entre ambos. Animales u hombres protagonizan las tribulaciones y las hazañas legendarias del mito, sin abandonar nunca la relación complementaria entre las propiedades y los dones del medio natural y las aptitudes, los privilegios pero también las obligaciones para con el primero de las comunidades humanas.

Se trata de una cosmovisión (que a menudo se ha dado en llamar *animismo*) regida por un principio integrador y complementario que no supone una evolución catártica fundada en ningún origen violento y pecaminoso; aunque sí hubo una nada inicial. Es cierto que también existe un bestiario mitológico de connotaciones similares en la herencia cultural de occidente, pero la diferencia no estriba en la mayor o menor capacidad de utilizar la fantasía sino en el tipo de relación que se establece con la representación del caos y los límites del orden.

Por la particular capacidad complementarista de integrar el orden y el caos, lo visible y lo invisible, como partes retroalimentadas de una misma realidad, a los pueblos nativos de América les fue posible considerar a los recién llegados

europeos como una posibilidad alternativa, completamente verosímil, a la que ellos conocían.

Las fuerzas y los seres mitológicos de las sociedades indígenas americanas, como auténticas entidades espirituales, se mantienen activas y vigentes en el entorno cotidiano de las comunidades y los sujetos. Constituyen por un lado la personalidad específica de cada elemento del mundo natural y, por otro, la comunicación real entre dichas comunidades y las propiedades mágicas del entorno; pero también con la presencia de los antepasados y de los mismos héroes míticos. Pues se trata de una construcción y una vivencia del tiempo ausente de ruptura ni de castigo que conecta y unifica la remota e indefinida era de los mitos, el tiempo en que vivieron los antepasados más antiguos de la comunidad pero que está registrado cronológicamente por la memoria, con el momento presente, contemporáneo a los sujetos del mundo visible. Todo ello se sucede a lo largo de una línea no unidireccional ni irreversible, sino a través de la cual pueden desplazarse transdimensionalmente los individuos en ciertas condiciones y en determinadas situaciones.

Mircea Eliade aplicaba el calificativo de *cíclicas* a las sociedades indígenas¹¹ cuyo pensamiento y cuya vivencia del tiempo es inalterable o no "se para a reflexionar", y en la cual nunca sucede nada, todo es estable e imperecedero, reproduciéndose en un eterno ciclo mítico y temporal. Y calificaba las sociedades complejas de *lineales*, atendiendo a esa misma concepción del tiempo, como una constante lineal en este caso que según su análisis es progresiva y renueva continuamente la experiencia. No obstante, y a razón de lo hasta aquí expuesto, creo particularmente que las culturas indígenas americanas representan un espléndido ejemplo de linealidad; mientras que el pensamiento occidental, en este sentido, presenta unos síntomas mucho más cíclicos, de repeticiones arquetípicas especialmente ciegas y obsesivas que podemos localizar recorriendo sin ir más lejos la experiencia histórica.

Todo lo cíclico es ritual y todo lo ritual rememora total o parcialmente el origen. Todos los sistemas culturales poseen una forma u otra de retornar ritualmente al inicio y de rememorar las leyes fundacionales del orden, aunque ello puede no permanecer explícito en el discurso cultural, hasta el punto de perderse la conciencia de ese ciclo ritual. Así, la idea racionalista de un tiempo que transcurre hacia adelante y de manera progresiva otorga una imagen evolutiva al registro de dicha dimensión (es decir, de su paso), velando la periodicidad cíclica con la que administramos los días, las semanas, los meses y las estaciones del año o las celebraciones festivas del mismo, así como el sospechoso parecido de nuestra estructura y nuestros discursos sociales a modelos muy anteriores en el transcurso de nuestro pasado.

11. Eliade, M. (1995), *El mito del eterno retorno*, Ed. Alianza / Emecé, Madrid.

La no-conciencia occidental de ese mensaje ritual, de su contenido emocional y espiritual, es en realidad nuestro paraíso perdido. Precisamente aquel que las naciones indígenas, esos "pueblos primitivos", mantuvieron en su espiritualidad conservando el mito como una realidad atemporal, estructuralmente imprescindible y presente en la conciencia. De los vestigios lejanos de esa realidad antigua debe encargarse en nuestra cultura la psicología, a través del estudio de los símbolos subconscientes en lo onírico o en el lenguaje infantil para poder acercarnos, recuperar de nuevo, el poder curativo del pensamiento mítico-mágico, el secreto de la inmortalidad del alma.

La conquista del Infierno

A modo de conclusión nos queda la evidencia de que en la psique occidental existe la necesidad emocional del *paraíso*, que se concibe perdido y representa una carencia primaria correspondiente a esa especie de sentimiento infantil de orfandad. La nuestra es una cultura de sujetos sin padre, ese dios legítimo que fue inmolado, viéndonos empujados entonces a encontrar y construir, en algún lugar del mundo, el reducto paradisiaco que corrompimos. Debe ser un espacio ajeno, fuera de nuestra casa en la cual habita la sensación de pecado insalubre.

La proyección de un paraíso exterior o la urgencia de una redención interior son el pretexto o el reverso de nuestra "casa malsana", permitiéndonos seguir viviendo en nuestro mundo como siempre lo hemos hecho, a pesar de un auto-concepto malvado e inmoral. Supone el consuelo de la existencia de un edén como reducto de bondad. (No está de más en este punto, recordar la influencia ideológica que el descubrimiento de América ejerció a posteriori sobre el pensamiento político del estado moderno en figuras tan representativas como Rousseau o, más aún, en las *utopías científicas* que proliferaron en Europa desde el Renacimiento). Queda fundamentada de esa manera la idea tópica de lo paradisiaco, que se encontró idóneamente representada en la voluptuosidad, la virginidad y a menudo la indulgencia de esos "otros" continentes (el tópico de lo tropical, de lo salvaje, de la naturaleza indómita, etc.).

Antes de materializar la necesidad y la existencia de esa reserva paradisiaca exterior debe conquistarse dicho paraíso, como una proyección expiatoria que liberará nuestra alma de la antigua culpa. Pero, una vez sobre el terreno, uno suele darse cuenta de que ese lugar no es más que lo que es: otro mundo, otra realidad o, simplemente, otro lugar. Todo lo que nosotros vemos allí de más son proyecciones culturales (de carencias, tabúes y fantasías), pues el infierno y el paraíso están en nosotros mismos; los creamos según arquetipos culturales propios y los colocamos allí donde nos interesa.

Lo que los europeos conquistaron en realidad a lo largo del S. XVI era su averno interior, aquel que les situaba psíquica y emocionalmente indefensos ante cualquier alternativa. Dejó constancia creciente con la distancia y la perspectiva histórica de que lo que allí y entonces sucedió era lo único que la cultu-

ra occidental fue, y es aún hoy, capaz de hacer ante lo ajeno como posibilidad de ser.

De hecho, creo que podría considerarse la mayor o menor expresión de agresividad externa (violencia) de una cultura como un factor inversamente proporcional al grado de seguridad y fortaleza de su estructura cosmológica y de su madurez emocional. De lo cual tendríamos que deducir que el sistema cultural occidental parece tener serios problemas de estabilidad interna y de credibilidad en sí mismo.

Si conquistar el paraíso es paliar la carencia del amor celestial, de la unidad integrada del cosmos original, conquistar el infierno es intentar vencer el temor al padre, al castigo o la venganza del genuino y verdadero Dios, exorcizando así el pecado interior representado en la pervivencia del poder y sus relaciones.

Al pensamiento occidental le falta conquistar y vencer verdaderamente su infierno interior, en lugar de derivar y malgastar sus escasos recursos espirituales en buscar paraísos perdidos. Pues ese infierno del alma es el auténtico rito de paso hacia el mundo sin tiempo, sin pecado y sin castigo que alguna vez se perdió, y en el que todas las posibilidades dimensionales, perceptibles o imaginarias, constituyen una sola y única realidad integrada.

Bibliografía

- Balandier, Georges (1994), *El desorden. La teoría del caos y las ciencias sociales. Elogio de la fecundidad del movimiento*, Gedisa, Barcelona.
- Bateson, Gregory (1993), *Una unidad sagrada. Pasos ulteriores hacia una ecología de la mente*, Gedisa, Barcelona.
- Cambell, Joseph (1993), *El héroe de las mil caras. Psicoanálisis del mito*, Fondo de cultura económica, México.
- De Cora, Maria Manuela (1993), *Kuai-mare. Mitos aborígenes de Venezuela*, Monte Ávila Editores Latinoamericana, Caracas.
- Elfade, Mircea (1995), *El mito del eterno retorno*, Alianza / Emecé, Madrid.
- Jung, C.G. (1993), *Símbolos de transformación*, Paidós, Madrid.
- Kokkinou, Sophia (1989), *Mitología griega*, Intercarta, Atenas.
- Lévi-Strauss, Claude (1992), *Tristes trópicos*, Paidós, Madrid.
- Popper, Karl R. (1985), *La lógica de la investigación científica*, Ed. Laia, Barcelona.
- Rosaldo, Renato (1993), *Culture and truth. The remaking of social analysis*, Routledge, London.
- Vernant, Jean Pierre (1993), *Mito y pensamiento en la Grecia antigua*, Ariel, Barcelona.